

Aliana González

SANTO
DOMINGO
3

El "religioso debate"

Encerrados en el lujo de costosos hoteles, atiborrados de actividades, rodeados de guardias y enterrados en un horario inflexible, con dificultad podían los obispos latinoamericanos reunidos en su IV Conferencia General, mirar hacia un camino distinto que aquel que les señalaba Roma. A los pocos días de iniciado el debate, la presidencia del evento dictó las reglas del juego: nadie podría hablar a nombre de las 22 Conferencias Episcopales de América Latina, los temas de discusión serían los fijados por el Papa y la metodología a utilizar, sería otra de la tradicionalmente aceptada. Así, desconectados del instrumento de análisis —el "Ver, Juzgar y Actuar"— y desarmados de un cuerpo argumentado para la discusión —el Documento de Trabajo— el grupo aparecía desorientado, sin una brújula que señalará el rumbo. Finalmente, presionados por la figura del Secretario de Estado de Su Santidad, el Cardenal Angelo Sodano, en la Presidencia del evento, mal podía levantarse de sus asientos para decir con total libertad lo que pensaban. El autoritarismo y desconfianza del Vaticano, y el descontento de los obispos más liberales con este inicio, fueron las primeras impresiones captadas por el "olfato periodístico" de los medios informativos. Inmediatamente, llegaron los desmentidos y la calificación de "amarillismo" e "invenciones" a los hechos señalados por la prensa. Sin embargo, los mismos fueron confirmados por numerosos obispos, y admitidos por la misma presidencia en la última rueda de prensa, donde Sodano aclaró que "el afecto no se pierde con las discusiones, en las reuniones familiares"

Finalmente, a tres días de concluir el evento, los obispos se encontraron envueltos en una carrera por escribir un Documento, con el que no estaban del todo de acuerdo. Y aunque se entienden las múltiples razones por las cuales se terminó por aprobar, no deja de ser este acto una expresión de la madera con la cual está tallada la Iglesia Latinoamericana. Por demás, sería injusto afirmar que el Documento está definido sólo por las líneas trazadas desde el Vaticano. Tiene mucho de mestizo —a propósito del 12 de octubre— y se lograron "colar" numerosos temas, afirmaciones y líneas

pastorales, que son del interés de nuestro continente y nuestros obispos. Tiene muchas "luces y sombras", según dijeran los mismos obispos al concluir el evento. Es el Documento de los obispos de América Latina. Sólo que intuimos que si se hubiera permitido mayor libertad, el resultado podría haber sido otro muy diferente, más contundente, valiente y alentador. Este conflicto, la lucha de fuerzas —soterrada y medida— entre los obispos de nuestro continente y el Vaticano, por imponer una interpretación y un modo diferente de entender y practicar el cristianismo, marcó los días de la IV Conferencia. Y ésta fue una de las discusiones más apasionantes a la que un grupo de periodistas que cubrimos el evento, nos dedicamos los últimos tres días de trabajo en Santo Domingo. Mientras un sector apostaba por la autonomía de los latinoamericanos, el otro afirmaba que más podrían los poderosos. Fue un enfrentamiento "religioso", no sólo por el contenido teológico del debate, sino por el estilo. Repleto de buenas intenciones, de amables miradas, y hasta de comprensivas referencias a las opiniones del "otro bando", las diferencias —profundas, abismales— aparecían como una simple disputa conyugal que pronto encontraría solución en el calor de las sábanas. En el fondo, las contradicciones se trasladaron a un Documento que dibuja en sus primeros capítulos a un Dios casi inalcanzable —hasta incomprensible en su lectura— que luego encontramos con rostro de pueblo, en los trabajos que llevan adelante las comunidades de base. Es, como si entre el decir y el hacer, no existiera conexión. Como si de plano se quisiera cambiar la teoría que ha venido labrando un modo de actuar, y sólo quedara la práctica, pegada con cola a unas explicaciones que nadie entiende.

TAN CONTRADICTORIO COMO EL FARO DE COLON

Las contradicciones convivían en esta IV Conferencia, con la misma naturalidad con que el Faro de Colón alumbró el cielo de Santo Domingo, proyectando una cruz de luz hacia el cielo —hermosa e inútil— mientras la mayoría de los hogares de los dominicanos se alumbran con kerossene.

Desde el lujo desbordado de los hoteles donde dormían los obispos —que en el día hablarían del escándalo de la pobreza en América Latina— hasta la presencia de casinos y prostitutas a las puertas de la Sala de Prensa, desde la cual se informaban al mundo las decisiones de la asamblea. Desde la asesoría del presidente del BID, Enrique Iglesias, en un evento que permanentemente discutió las consecuencias nefastas de las medidas económicas, hasta la celebración de la misa en el monumento construido por Balaguer en memoria de los conquistadores, mientras el Papa Juan Pablo II evadía el tema del Descubrimiento. Así, como la Guardia que acompañaba a su Santidad —símbolo de bondad y compasión— que repartía codazos y empujones a los periodistas que nos acercábamos. Tan contradictorio, como el rechazo de la asamblea —después de semana y media de discusión— del Documento elaborado, para empezar de cero a tres días de culminar el evento. Todo era posible. Al fin y al cabo, era la Conferencia de un continente, donde lo real acompaña a lo maravilloso. Así el Documento de Santo Domingo está repleto de partes que no tienen que ver las unas con las otras. La primera, como ya ha sido ampliamente difundido —y que Leonardo Boff retrató bien al declarar que "la visión romana, hoy, es la de colocar en el cielo no a Cristo, sino a la Iglesia y al Papa"—, aunque no es fácilmente comprensible porque parece escrita para teólogos, permite intuir que el texto coloca a la Iglesia por encima de la comunidad, y retrata a un Dios inalcanzable, al que sólo se puede acceder por mediación del sacerdote.

Esto tiene poco o nada que ver con la segunda parte del Documento, en la que —al hablar de las líneas pastorales prioritarias, de la importancia de la promoción humana y del trabajo de la Iglesia desde su base, en las comunidades eclesiales y las parroquias— la Iglesia aparece como acompañante del pueblo, no como suprema autoridad. Existen muchísimas cosas positivas en esta parte del Documento, que suponen avances considerables a Puebla, y en la que muchos cristianos de América Latina, se sentirán retratados. Es la parte "luminosa", la que los obispos latinoamericanos consiguieron a cambio, en la oculta y diplomática lucha que tuvo lugar en Santo Domingo.

CON AMOR CRECE EL MOTE

La noticia de que los obispos brasileños, en masa, abandonarían los hoteles donde estaban alojados por no sentirse en correspondencia con la temática que discutían en la Conferencia, sorprendió gratamente a la opinión pública. Así también la oportunidad que se les brindó a obispos y cardenales, al domingo siguiente

te de iniciado el encuentro, cuando se distribuyeron en diversas comunidades para oficiar misa. Se puede decir que ésta fue la única posibilidad que tuvieron de tener un contacto cercano con el pueblo, desde que abandonaron sus respectivos países. Permitted un espacio para la reflexión, y en muchos lugares, como los barrios pobres de Los Guandules y Guachupita, el encuentro reflejó el sentir del pueblo y sus expectativas, en torno a esta IV Conferencia.

"Que Dios ilumine a los obispos para que puedan escuchar la voz del pueblo, porque Cristo está en el pueblo"; "que se sigan mandando sacerdotes como los de aquí, y que la jerarquía se baje un poquito y sea más humilde, para que se pueda hacer una opción por el pueblo de "verdad verdad"; "que nuestra Iglesia se despoje de ataduras para que pueda avanzar"; "la esperanza del pueblo es que la Iglesia sea liberada, y liberadora"; "que se predique a los ricos igual que se predica a los pobres", era parte de la letanía de peticiones que hicieron diferentes rostros, los mismos que han sido señalados como "los rostros desfigurados del hambre, consecuencia de la inflación, de la deuda externa y de injusticias sociales" en el Documento.

Por otra parte, se percibió mayor uniformidad en las opiniones de los obispos latinoamericanos —sean de la corriente conservadora o liberadora— quizás porque el enfrentamiento real fue entre el Vaticano y la Iglesia de nuestro continente. Se presentía esa comprensión que da la piel en roce permanente con la miseria, en la generalidad de los miembros de la asamblea. Quizás tenga razón el Cardinal Paulo Evaristo Arns, cuando le preguntamos dónde estaba la Teología de la Liberación, y él nos afirmó que se encontraba dentro de la Conferencia porque "ha ocurrido una irrupción del clamor de los pobres en esta asamblea". El obispo ecuatoriano Luna Tovar en una rueda de prensa, lo resumió con una anécdota que quedó fija en el alma de muchos de los asistentes.

En una visita pastoral a una zona indígena, llegué a la casa de una pobre mujer llena de hijos. La casa toda de tierra, los niños en el piso, y el frío, soplando las paredes. Era de noche y debía quedarme a dormir allí. Al centro en una olla se hervían esos granos de maíz que son el pan de nuestra gente, y que los ecuatorianos conocemos como "mote". Era la comida de toda aquella familia, y, cuando me invitaron a comer, dije que no tenía hambre porque me daba pena. Entonces la mujer me dijo "No se angustie, con amor, en la olla crece el mote" Creo que esto estará algún día en las escrituras, porque todavía hay profetas en nuestras tierras.

IV CONFERENCIA

Jesús María Alemany

La última crónica

La IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, inaugurada el 12 de octubre por Juan Pablo II, acaba de ser clausurada con una Eucaristía concelebrada en la Catedral Primada de las Américas. El proceso de la asamblea nos ha mantenido en una tensa incertidumbre, que ha hecho imposible cualquier previsión o adelantar cualquier análisis hasta el último minuto. Todavía en este momento nos llegan por bloques páginas del documento final en su sexta redacción, sin la seguridad de que no sean aportadas nuevas enmiendas ya aprobadas. No es posible hacer pues un balance reposado sobre el texto definitivo, pero puede intentarse una primera impresión de urgencia en vista a las líneas generales aprobadas y a la evolución de las redacciones.

El documento final de Santo Domingo, bajo el lema "Jesucristo: ayer, hoy y siempre", se compone de tres capítulos. El primero, "Jesucristo, evangelio del Padre", consta de una profesión de fe en Jesús y una referencia histórica a los 500 años de evangelización. El segundo, "Jesucristo, evangelizador viviente de la Iglesia", aborda "la nueva evangelización", "la promoción humana" y "la cultura cristiana". El tercero y último, "Jesucristo, vida y esperanza de América Latina", expone las líneas pastorales prioritarias.

Santo Domingo asegura que está en continuidad con las orientaciones de Medellín y Puebla. Esta afirmación se repite una y otra vez. Efectivamente, no solo asume la opción preferencial por los pobres, sino que hay novedades que le dan un mayor realismo. Se habla, por primera vez, de la ecología y de la tierra, de la repercusión del neoliberalismo en los débiles y del impacto de la economía de mercado tomada como un absoluto, del deterioro de las nuevas democracias y de la necesidad de integración latinoamericana, de la encarnación del evangelio en las culturas indígenas o afroamericanas y del protagonismo de los laicos en la evangelización. Están presentes pues los temas que esperaríamos en una Iglesia consciente de la situación latinoamericana. Pero una justa interpretación exige preguntarse desde qué marco o en qué

clave se les contempla.

Medellín fue un clamor profético por la justicia y la liberación de los pobres. Puebla quiso acompañar pastoralmente a las comunidades cristianas insertas en la realidad y ayudarles a un discernimiento. Santo Domingo da comienzo como una estrategia institucional concebida desde arriba. El Santo Padre nos ha convocado para "trazar ahora para los próximos años una nueva estrategia evangelizadora" (Santo Domingo, n.22).

¿DE LA LIBERACION A LA RECONCILIACION?

Esa estrategia, la nueva evangelización, va apareciendo en los primeros días de Santo Domingo vinculada a una tesis de fondo. Lo resume el Mensaje de la IV Conferencia a los pueblos de América Latina: "A todos esperamos proponer el contenido de la conferencia y del documento de Sto. Domingo como premisas para el permanente rejuvenecimiento del ideal bolivariano sobre la Patria Grande. Estamos efectivamente persuadidos de que el encuentro con las raíces cristianas y católicas comunes a nuestros países dará a América Latina la unidad deseada" (n.37).

"Patria Grande" responde en este caso a la repetida apelación de la conferencia a una "integración latinoamericana", como única posibilidad para resolver los graves problemas del continente. Tales problemas son contemplados en su clave cultural, más que en su realidad social. No son sino el resultado de una "anticultura de la muerte". La integración latinoamericana no será posible sin una nueva y común cultura de la vida. Esa debe ser la "cultura cristiana". América Latina es un continente pluriétnico y pluricultural. Sólo le confieren una común identidad sus raíces cristianas. Sólo su renovado reconocimiento puede asumir las culturas indígenas, afroamericanas, mestizas y advenientes en una única "cultura cristiana" que integre el continente, frente a la disgregación creada por una "anticultura de la muerte".

Para devolver a América Latina sus raíces cristianas hace falta una nueva